

El pasaje de la expresión de la intimidad familiar y hogareña a la de denuncia y desmitificación social, producido en el lapso de veinte años de creación, señala ciertamente un aspecto muy característico de la obra poética de Sebastián Salazar Bondy. Su primer libro significativo, pues en él ya se muestran algunos rasgos que alcanzarán pleno desarrollo en su ulterior lenguaje, es *Voz desde la vigilia* (1944), al que seguirá *Cuaderno de la persona oscura* (1946), colección de mayor amplitud a la vez que reveladora de una más clara unidad temática y estructural. En sus páginas se patentiza su arraigado sentimiento del amor compartido en el seno del hogar así como la conciencia de las sírtes que el poeta joven debe sortear en aras de su quehacer comunicativo. Salazar sabe imprimir a su verso ahora un ritmo libre y ceñidamente aprehensivo de sus propias vivencias: *"Amor en el semblante familiar del perro y de la hormiga, / en la buena noticia del parto venidero, / amor con un fanal de vino en mis zaguanes, / como un geranio de hotel, como la cena pura del domingo"*. El verso suelto y blanco marcha mano a mano con las estrofas convencionales, entre las que se cuentan los tercetos, animados por una noble inspiración, en homenaje a Miguel Hernández, "Muerto irreparable", que así se inicia: *"Si tu esmeril de luz, la luz cavaba, / zagal de rama y zumo todavía, / la sombra de tu fuego le asombraba, / y sin embargo el coro que crecía / de tu palabra blanda enamorada / la flor amada no lo merecía"*.

Residiendo en Buenos Aires, publica *Máscara del que duerme* (1949) cuyos escasos y breves poemas dejan el sabor de una carta donde el ausente habla de amor y de sus sueños. Esa indeleble nostalgia va a derramarse con melancólica fulguración en *Los ojos del pródigo* (1951), igualmente editado en Buenos Aires, desde el poema inicial que da título al libro: *"El algún país ahora lee / esas líneas que no desafían ni suplican, / que son simplemente un gesto sangrante / una inmóvil y silenciosa reunión de cosas perfectas"*. Aquí se recoge también la experiencia de la gran urbe, con el definido acento de vital trajín que le es tan suyo: *"Diariamente visito calles y cafés, / y es mi paso ansioso y fugaz el que descubre / un rostro de inesperada dicha, un oscuro además, una mirada, / que misteriosamente completa el esplendor de un recuerdo"*.

Diez años más tarde, —etapa de maduración, de depuración y ahondamiento—, aparece *Confidencia en alta voz* (1960), manifestación de una "conducta sentimental" a través de un lenguaje rico y matizado al servicio de imágenes primorosamente elaboradas, prolongadas filigranas entre cuyos hilos palpita la belleza y la vida: *"porque cuando me acerco a la luz corporal, / cuando en el pecho me estalla esta estrella apasionada, / todo eso desaparece y marchó por el aire / como esas flores insignificantes hechas de filamentos / que se elevan del suelo y ascienden / al modo de una lluvia terrena que llena el arca del cielo"*. Resuenan en este libro ecos de sus primeras



AL ANDAR DEL CAMINO

POESIA
DEL 40:
SALAZAR
BONDY

ESCRIBE: JAVIER SOLOGUREN

producciones y, lo que es decisivo para su evolución temática, se prefiguran preocupaciones por el destino comunitario, las mismas que se definirán en sus últimos poemas.

Vida de Ximena (1960), seis breves estancias inspiradas en su pequeña hija, es, tanto en su aspecto humano como poético, un logro notable. En este poema confluyen, con singular felicidad, el cálido amor paternal y el generoso anhelo de un mañana de justicia para ella y *"para los niños que en sus juegos / son de mañana en el presente incierto"*.

La poesía crítica y denunciatoria constituye el núcleo vivo de sus dos libros póstumos: *El tacto de la araña* y *Sombras como cosas sólidas*, ambos de 1966. En ellos, la palabra de Salazar sirve, en compromiso que antes asumió su vida y pensamiento, al propósito de crear conciencia en torno a la explotación del hombre por el hombre y la injusticia radical que esto conlleva. Declara mediante un lenguaje concreto, ajeno al lirismo más o menos declamatorio, y en consonancia con los directos versos de Eluard que usa de epígrafe: *"Digo lo que veo / lo que sé / lo que es cierto"*. Así lo dice este pasaje con fuerza de proclama: *"Toma tu hachón, hermano, / y en un papel engegucido escribe tus desdichas, / Casagrande, / Pomalca, / Cayalti, / ¡cuán verdes nombres! / y roba, buen ladrón, tus propiedades"*.

Precediendo a los poemas de "El tacto de la araña", se halla "Testamento ológrafo", suma y compendio de las mejores cualidades poéticas y humanas de su autor. Poema premonitorio (como los de Vallejo y Heraud) cuyo título dice claramente su intención: declarar su legado, efectuar el balance de su vida, ante la amarga certeza, para él trágicamente cercana, de su muerte corporal: *"Dejo mi sombra, una afilada aguja que hiere la calle / y con tristes ojos examina los muros, / las ventanas de reja donde hubo incapaces amores, / el cielo sin cielo de mi ciudad"*.

Tales son, vistos a grades rasgos y sujetos a inevitables abstracciones, los hitos que marcaron la ascendente evolución de su tarea creadora. También son, diríamos, los puntos de solidificación de una dilatada sustancia emotiva que, una y otra vez, se hace notoria ya en la vuelta añorante al hogar, evocado desde la mirada del pródigo con la que él se identificaba; ya en la inmersión en el ofuscador desvarío de la ciudad, precisamente de esa Lima la Horrible de la que reveló prejuicios, egoísmos y dolorosas pretericiones, con vindictivo y vehemente amor; ya en la patética consideración de los males que padecía el país y su consecuente señalamiento: aspectos ligados indisolublemente a su poesía; todos ellos, la razón de ser de su mensaje creador.

En la perspectiva de la Generación del 40, la obra de Sebastián Salazar Bondy (constituida, además, por su teatro, ensayo y narrativa) ha seguido, como se podrá fácilmente advertir, un sendero de paulatina socialización, situándose de este modo en la vertiente vallejana de nuestra poesía, con autenticidad y fino y penetrante acento personal.